



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 10.152

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Año, 20 pias.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 10 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 24

VIERNES 6 DE SEPTIEMBRE DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letra de fácil cobro.—no responsables en París, A. Lorete, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

Recolección

Prensas para vinos, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para riegos.—Azufradores, catadores y demás enseres necesarios al vinicultor.—Desgranadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, podar, etc.—Arados de vertedera.—Espinas, castiñol, palas, azidas, legones, todo acero.—Carretillas y wagnotas.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Lurbe.—Plaza de Castellini, 12

Deberes de hijo.

I

El conde Juan de Valteneuse, hombre de cuarenta y dos años, gozaba de una grandísima consideración en el Círculo. Habíase mostrado siempre tan complaciente con sus colegas, tan celoso en el cumplimiento de sus deberes de secretario, cargo que ejerció durante cinco años y tan escrupuloso para todo cuanto respectaba al honor, que, de común acuerdo, fué nombrado presidente del tal Círculo, uno de los mejores de París.

Ninguna elección ha sido menos discutida. Aun los más descontentos la vieron con gusto, porque Valteneuse era sumamente simpático y llevaba dignamente un nombre ilustre y porque su padre fué uno de los socios fundadores del Círculo, ocupando tres veces la presidencia.

Se trataba de elegirlo por cuarta vez; pero él había preferido hacer recenar el nombramiento sobre su hijo, protestando que era viejo para cumplir ciertas obligaciones; sin embargo, todos los días hacía su partida de *baccarat*, modesta, como conviene a un aristócrata medio arruinado; pero llena de emociones y de la que solía sacar un centenar de luses de beneficio.

Juan de Valteneuse jugaba con menos frecuencia que su padre; pero sus puestas eran más fuertes y por consecuencias más considerables sus pérdidas ó sus ganancias.

Padecía una neuralgia crónica, para combatir la cual llevaba siempre en el bolsillo una botella de láudano.

—Porque,—decía,—las emociones del juego me dañan.

—Decididamente,—añadía,—el juego no me divierte y es natural, un hijo rara vez tiene los vicios de su padre.

A lo cual contestaba el marqués: —Te deseo, hijo mío, que no los tengas peores nunca.

II

Cerca de un mes hacía que el conde Juan de Valteneuse era presidente, cuando ocurrió uno de los hechos más desagradables con que puede tropezar el que desempeña tan honroso cargo.

La partida había tomado proporciones alarmantes; se jugaba fuerte y un jovencuelo pobre y de ordinario poco favorecido por la fortuna, Mauricio de Roncerets, había ganado sumas considerables. Fué envidiado, y tras la envidia nació la desconfianza de gran número de jugadores, que empezaron a ejercer una

vigilancia especial en la mesa de juego.



Un día se examinaron los naipes y se encontraron señalados. No había duda; existía un trampa, que debía entenderse con algún dependiente, para hacer servir naipes preparados.

El conde Juan de Valteneuse fué avisado y acudió a la sala de juego, diciendo gravemente:

—Señores, entre nosotros hay un culpable: que nadie salga, quiero empezar ahora mismo las averiguaciones.

Nadie se atrevió a manifestar su pensamiento; pero todos sospecharon de Mauricio de Roncerets, cuyo aspecto estupefacto parecía confirmar las sospechas.

Transcurrió una hora de penosa espera.

El presidente había interrogado a los empleados: uno de ellos había dado explicaciones confusas y poco satisfactorias. Amenazado con la prisión, confesó al fin que sustituía los naipes contrabandados por el Círculo por otros señalados, que le entregaba un socio.

—¿Cuál? ¿Qué nombre lleva?

—Jamás lo diré.

—¿No queréis decirlo? En ese caso os entregaré a la policía.

—No aconsejaría al señor conde que lo hiciese,—respondió el criado con insolencia,—porque si se me obliga a hablar...

—¿Qué?

—Que sería peor para todos, y especialmente para el señor presidente.

—¿Qué quieres decir, miserable?

—Que un socio del Círculo, muy íntimo del señor presidente...

—¿Insensato! ¿Serías capaz de acusar al marqués de Valteneuse?

—dijo el conde, sonriendo desdeñosamente.

—¡Oh! Si me obligáis. Sabedlo, vuestro padre es quien, desde hace cinco años, trae todos los días en un bolsillo del gabán los naipes marcados.

—¡Pruebas!

—Que se vaya al vestíbulo y se registre el gabán de Mr. de Valteneuse. Precisamente no he retirado aún los naipes que debían servir mañana.

Algo debió pensar el padre del presidente, puesto que alegando una escusa fútil quiso ver a su hijo.

Pero halló a éste tan tranquilo, con

tanta insistencia le rogó se retirara, que al fin hubo de hacerlo.

III

Un frío mortal se apoderó del conde de Valteneuse. No obstante, queriendo confundir al criado, fué a buscar el gabán de su padre.

Pero ¡ay! aquél no había mentido: un bolsillo interior del abrigo del marqués, contenía un paquete de barajas iguales a las denunciadas.

—Y bien,—dijo el criado irónicamente,—hacía mal en no querer colaborar a mi cómplice?

El conde lleno de vergüenza, dejó caer la cabeza entre sus manos. Después, como hombre decidido a obrar, se irguió y dijo al criado infiel:

—Comprenderás que de todos modos serás arrojado del Círculo; pero yo consiento en no entregarte a la policía y además en entregarte una letra de cincuenta mil francos, si consientes en tomar inmediatamente el tren de la frontera y prometes proclamar en todas partes y ante todo el mundo, que el culpable es el socio del Círculo que yo delatare ante todos y en plena sala de juego.

—¿Queréis hacer caer la responsabilidad sobre el joven Mauricio de Roncerets?—replicó el criado... —Eso es infame; pero ¿qué importa? Yo estoy perdido al obrar de otro modo... Consiento: podéis contar conmigo.

IV

Un cuarto de hora después, el conde de Valteneuse, habiendo pasado algún tiempo solo, encerrado en su despacho particular, volvió a la sala de juego. Tenía el nudo de la corbata deshecho, los cabellos en desorden, los ojos encendidos y el semblante pálido como un cadáver.



Un grito de espanto brotó de todos los labios.

—Valteneuse ¿qué es eso?

—Esto es, señores, que me he hecho justicia... Había creído que mi delito no se descubriría; pero mis esfuerzos han sido vanos... un criado me ha hecho traición.

—¿Qué queréis decir?

—Que soy yo quien marcaba las barajas.

Y con voz cada vez más débil continuó:

—Era preciso hacer pronto esta confesión, porque voy a morir.

Y aproximándose al viejo marqués añadió:

—Padre, perdonaime el disgusto que os doy, pero un Valteneuse no puede sobrevivir a la deshonra... He bebido todo el contenido de la botella de láudano que llevo siempre conmigo y sólo me quedan pocos instantes de vida.

Los socios del Círculo, sus antiguos compañeros, abandonaron el



salón lenta y silenciosamente.

El marqués de Valteneuse estrechó a su hijo entre sus brazos.

—¡Jesucristo! ¿Qué has hecho?—gritó—vive, hijo mío vive, y me descubriré yo mismo!

—¿Vos, señor?...—respondió el conde...—vos no tenéis derecho, porque tenéis un hijo, mientras que yo... yo no tengo ninguno!

Diez minutos después había muerto...

A. EMERIC.

Microscópicas.

COBARDIAS Y SALVAJADAS.

Hay quien simpatiza con los insurrectos cubanos.

Entre los que viven al otro lado de los mares, en aquellos pedazos de tierra que desunbró Colón, no es extraño que tales sentimientos despertaran los levantados en armas en Cuba; partidarios de la doctrina de Monroe, han hecho bandera del tema «América para los americanos», y a costa de todo quisieran ver desterrado de aquellos países el dominio de Europa.

Mas hay europeos que simpatizan también con las fieras de la jungla; rompiendo con todo sentimiento noble y generoso, hacen la causa de aquellos bandidos que ni por su valer siquiera son dignos de que se los admire.

¡Valor! ¿Qué entendéis los mambises del significado de esa palabra? El valor consiste para ellos en batirse veinte contra uno, teniendo cerca la manigua por si acomete el contrario! Cuando atacan cuatro mil contra ochocientos no tardan en volver la espalda para fír a la huida en salvación. Sólo cuando encuentran una pequeña fuerza rebagada ó unidos

pacamento de diez soldados, se hontan y atacan y llevan su ferocidad, y su salvajismo hasta el macheteo, acción infame que cometen, amparados por la impunidad, en los cuerpos heridos de los infelices prisioneros.

El proceder de esa maldita insurrección que roba el dinero a los particulares y quema ingenios y prohíbe el trabajo, no puede levantar un movimiento de simpatía en ningún pecho generoso. Al contrario: quien se precie de bueno y albergue en su alma las virtudes que le comunicó el soplo de la divinidad, ha de sentirse profundamente indignado ante la barbarie de los filibusteros, y ha de maldecir con toda vehemencia esos actos sangrientos de la manigua que son otros tantos asesinatos.

¡Ojo por ojo y diente por diente!

Hay que hacer caer sobre esos desalmados la pena del talión. Hay que hacer en ellos un oscuramiento terrible, para que si algún día piensan volver a probar fortuna, no se atrevan porque las dare aún al espanto del castigo.

Por cobardes son dignos del desprecio.

Pero son víboras y hay que aplastarlas para que no hagan mal.

RAUL.

Crónica Parisiense.

SUMARIO: El gobierno y los toros.—Lo de Bayona.—El decreto de expulsión.—La nueva campaña teatral.

París 5 Septiembre 1895.

Estamos en plena cuestión de sauro maquia. La orden del gobierno prohibiendo las corridas de toros ha excitado de tal suerte la impresionabilidad de nuestros compatriotas del Mediodía, que raro es el día que no ocurren incidentes extraños y curiosos en protesta contra semejante decisión gubernamental.

Una vez es Nimes, otra Arles ó Burdeos donde la prohibición es desobedecida, y donde «Minuto», el «Moronito», ó el «Valenciano» son aclamados por la multitud. Mas tarde los Consejos provinciales se reúnen para deliberar, y sus primeros acuerdos tienden a protestar contra los sentimientos filantrópicos del gobierno, y por último son los propios toros los que en Mont-Marsan rechazan la calificación de animales domésticos, premiando con la muerte al equisario que bajara al ruedo para defenderlos y cantar sus alabanzas, que así paga el diablo a quien bien le sirve.

Así habríamos continuado hasta la consumación de los siglos, el gobierno prohibiendo y los españoles matando, con gran contentamiento del pueblo francés, si al señor Laynes, ministro del Interior, no se le hubiese metido entre ceja y ceja la idea de llevar adelante su prohibición.

Para ello ninguna ocasión podía presentarse como la corrida del domingo en Bayona, a la que se había dado gran resonancia y en la que Luis Mazzantini debía llenar el entusiasmo de los aficionados de aquende.—Y así fué en efecto.

Jugó el telégrafo, y el simpático espada fué expulsado a las cuatro de la mañana, sin ningún género de contemplaciones, y cuando el público, ignorante de esto, se dirigía a las «Arenas», que es como aquí denominamos la plaza, se encontró ésta ocupada por fuerzas de infantería, caballería y artillería. Como quien dice, un nuevo cuerpo expedicionario para Madagascar.

El pueblo de Bayona ha acogido esta decisión como pudiera ocurrir en el propio Sevilla. Manifestaciones, albedos, palos, pedradas y rotura de cristales en el Palacio de la Prefectura, nada de esto ha faltado, y por si una vez más, poco ha repetido otra y otra.